

## CAPÍTULO XIII

*Forma de abandonar el campo, marchar el ejército y asentar las tiendas.*

He aquí cómo levantan el campo. Al primer toque, descuelgan las tiendas y lían el bagaje. Mas a nadie es lícito quitar o poner tienda, sin haberlo hecho antes con la del cónsul y las de los tribunos. Al segundo toque, se coloca el bagaje sobre las bestias; y al tercero empiezan a marchar los primeros, y se mueve todo el campo.

Regularmente van en la vanguardia los extraordinarios, síguese después el ala derecha de los aliados, y a su inmediación los bagajes de unos y otros. Marcha luego la primera legión de los romanos y detrás todo su equipaje. A continuación va la segunda legión, seguida de su propio bagaje y del de los aliados, que cierran la marcha. Porque siempre en éstas ocupa la retaguardia el ala izquierda de los aliados. La caballería unas veces marcha detrás de su cuerpo de infantería respectivo, otras camina a los lados de las bestias de carga, para contenerlas y eximir las de un insulto. Cuando amenaza el enemigo por la retaguardia, todo permanece en el mismo estado; sólo los extraordinarios de los aliados desde la vanguardia pasan a la retaguardia. Entre las legiones y las alas hay alternativa; un día por su turno marchan a la cabeza, y otro a la cola, para que todos participen igualmente del agua y de los forrajes.

Existe otro género de marcha, para cuando se recela algún peligro y se camina por lugares descampados. Se sitúa los hastatos, los príncipes y los triarios a igual distancia unos detrás de otros en forma de falange triple, y se coloca el bagaje de los primeros por delante, el de los segundos detrás de los primeros, y el de los terceros detrás de los segundos, de suerte que los bagajes y los diferentes cuerpos de tropas estén mezclados alternativamente. Dispuesta así la marcha, cuando surge el peligro, por una conversión bien a izquierda, bien a derecha, se hace avanzar el ejército fuera de los equipajes, hacia el lado donde se presenta el enemigo. De esta forma, en un momento y con un solo movimiento, todo el ejército viene a quedar formado en batalla, a no ser que tengan que hacer alguna evolución los hastatos, y entonces los bagajes y toda su comitiva vienen a quedar a espaldas de la formación de batalla, en una posición defendida de todo peligro.

Cuando ya se aproximan al lugar destinado para campamento, se adelantan el tribuno y los centuriones nombrados para este efecto. Éstos, después de reconocido todo el terreno donde se ha de acampar, escogen lo primero un sitio donde se ha de instalar la tienda del cónsul, y hacia qué fachada o lado del pretorio han de estar alojadas las legiones. Señalados estos lugares, miden el ámbito que ha de ocupar el pretorio; tiran después una línea recta, sobre la cual han de estar situadas las tiendas de los tribunos; y de aquí otra paralela, desde donde ha de comenzar a acampar el ejército. De igual modo, del otro lado del pretorio hacen sus dimensiones, de que ya hemos hablado anteriormente muy por menor. Como todos los espacios se hallan determinados y sabidos por el largo uso, todas estas medidas se toman con facilidad en poco tiempo. Después de lo cual fijan cuatro banderas; la primera donde ha de estar la tienda del cónsul, la segunda hacia la fachada que se ha elegido, la tercera en el promedio de la línea donde se han de alojar los tribunos, y la cuarta donde han de acampar las legiones. Todas estas banderas son de color encarnado, menos la del cónsul, que es blanca. De parte allá del pretorio, unas veces se fijan simples estacas, otras banderas de diversos colores. Realizado esto, se pasa a tomar las dimensiones de las calles, y en cada una se clava una lanza; de suerte que lo mismo es estar a tiro el ejército de poder echar una ojeada sobre el lugar del campamento, que al punto se le representan distintamente todas sus partes, conjeturándolas e infiriéndolas por la bandera del general. Finalmente, como todos saben a ciencia cierta en qué calle y en qué parte de la misma ha de estar su tienda, porque cada una ocupa siempre un mismo sitio, viene esto a parecerse a cuando un regimiento entra en una ciudad de donde es natural. Entonces, como todos en general y en particular saben en qué parte de la ciudad se halla su morada, desde la misma puerta, sin extraviarse a un lado ni a

otro, se dirigen y llegan a su propia casa sin equivocarse. Igual cosa ocurre en los campamentos de los romanos.

En mi opinión, si los romanos han seguido diferente método que los griegos cuanto a esta parte, ha sido principalmente por consultar a la facilidad. Los griegos en sus campamentos prefieren siempre atenerse a la fortaleza del terreno, ya por ahorrarse el trabajo de levantar la trinchera, ya porque piensan que no es igual la seguridad que presta el arte a la que ofrece la naturaleza. De aquí la necesidad en que se ven de dar al campamento la figura que da de sí el terreno; de aquí la variación de sus partes, ya de una, ya de otra forma, según los diferentes sitios, y de aquí, finalmente, la incertidumbre que tiene el soldado de su lugar respectivo y del de su cuerpo; en vez de que los romanos, a costa del trabajo de un foso y otras fatigas ajenas, consiguen la ventaja de la facilidad y del método sabido y único de acampar siempre de un mismo modo. Esto es lo principal que hay que observar sobre las legiones romanas, y en especial sobre sus campamentos.